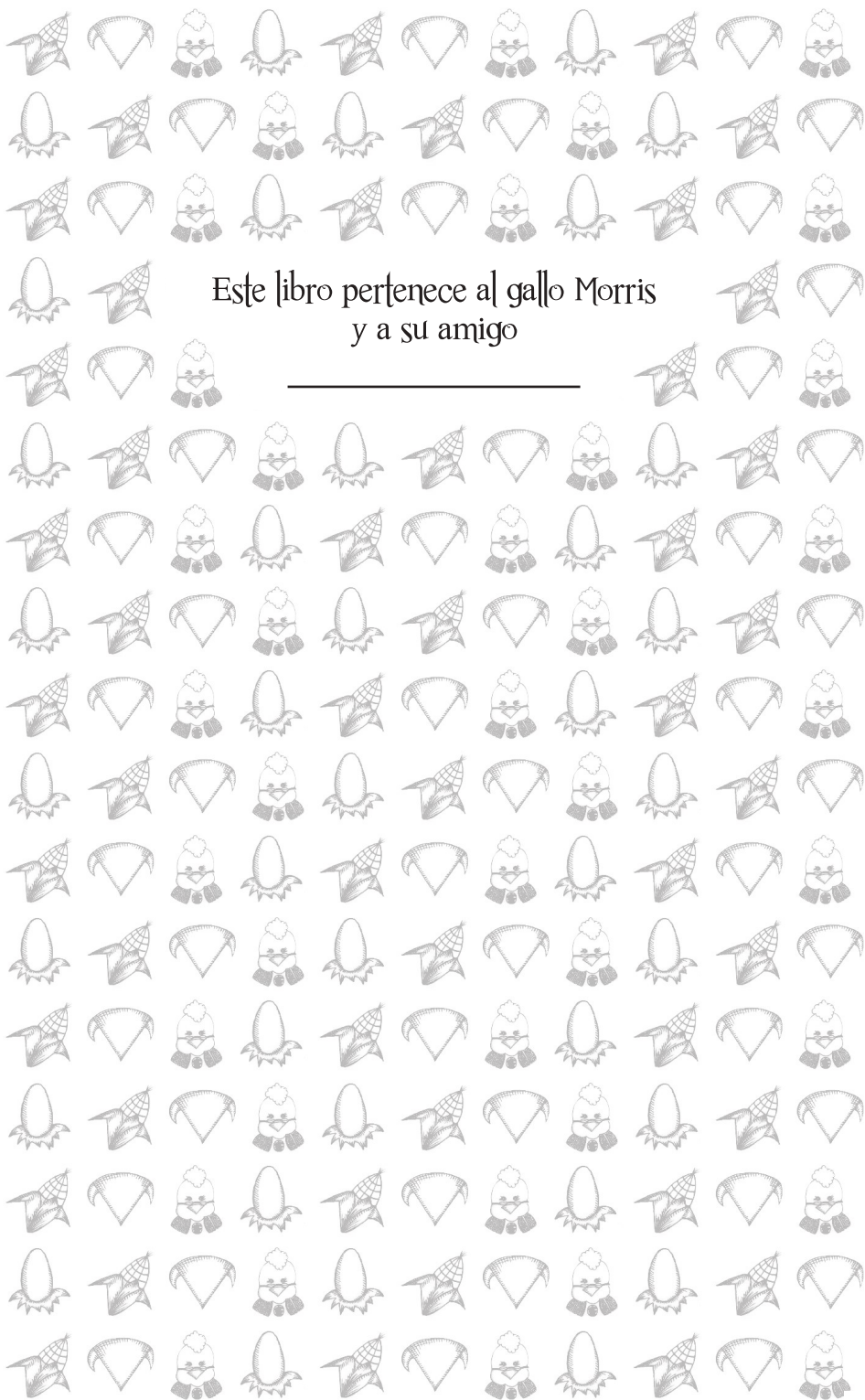


Este libro pertenece al gallo Morris
y a su amigo





Gallompiro

1ª. edición, octubre de 2018, Ediciones Momo

D.R. © 2010, Elman Trevizo por el texto

D.R. © 2011, Alicia J. Maldonado por las ilustraciones.

D.R. © Ediciones Momo

Diseño editorial y de portada: Magali Chantal Tenorio Castillo

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento.

ISBN: 978-607-97957-1-9

Gallompiro

~ Elman Trevizo ~

ediciones

m  **m** **o**

Los colmillos del gallo

Pensaba que los vampiros solo existían en Rumania, pero luego supe que hasta en un gallinero puedes encontrar a un ser colmilludo y pálido que quiera chuparte la sangre. Solo que en lugar de usar largas gabardinas y lentes oscuros como la mayoría de los vampiros que anda por las calles, éstos tiene largas plumas que les cubren todo el cuerpo y sus picos hacen imposible ocultar los largos dientes que salen de sus hocicos.

El primero del que se tuvo noticia con este problema fue el Gallo Morris. Luego se poblaron los gallineros de estos sangrientos seres, pero de los demás no quiero hablar, por eso solamente hablaré de Morris.



No cualquier gallo se convierte en vampiro, solo aquellos que fueron antes humanos. Porque, por lo menos en este mundo en el que habito, los seres van cambiando de apariencia a lo largo de sus vidas, hasta que son todo lo que existe y ha existido.

Es un poco difícil de explicar, pero cierto.



A Morris empezaron a crecerle unos colmillos muy grandes y cada día le molestaba más la luz del sol. Parecía que iba a derretirse como un gran muñeco de cera.

No podía evitar enflacar y cada vez se parecía más al palo donde se paraba todas las mañanas para cantar

apenas amanecía, es decir, cuando el sol se alargaba por todas partes.

Desde que le empezaron a crecer los colmillos, a duras penas se levantaba de madrugada para cantar y despertar a todos los habitantes del pueblo, quienes tenían que trabajar desde temprano, ya sea en el campo o en las rancherías cercanas vendiendo quesos o huevos.



Luego de cumplir a medias con su tarea matutina, Morris volvía al rincón de su gallinero, triste, cabizbajo, sin saber lo que le pasaba. Siempre había sido un ave muy activa y feliz. Muy cantadora.

Pero estaba enfermándose. Y aunque era un gallo blanco, se le notaba la palidez en todo su cuerpo. Además, se le veían sombras oscuras debajo de sus ojos. Sombras que hacían suponer que dormía muy poco o muy mal.

La noche que se decidió a salir de su cajón, todas las gallinas empezaron a volar despavoridas, como si las persiguiera un fantasma, un dragón, un toro, un ratón motociclista, un ladrón o un diablo rojo de enormes cuernos, como esos que no faltan en ninguno de los infiernos de nuestro mundo.

El Gallo Morris se veía como un auténtico vampiro y ninguna gallina quería arriesgarse a acercársele, pues les veía directamente al cuello, que es de donde los vampiros chupan la sangre.

—¿Qué pasa? ¿Por qué corren? —les dijo el Gallo Morris a sus compañeras de gallinero.

—Es que... tú... tú... tú... es...es... es... tá... tá... sss... ssss... —dijo la gallina Maruja tartamudeando, como era su costumbre cuando se ponía nerviosa.

—¿Estoy qué? —preguntó desesperado y un poco enojado el Gallo Morris, que veía en el rostro de las gallinas el pánico, pero pensaba que estaban exagerando. En ese mundo todos eran muy exagerados, tan exagerados como el peor de los exagerados del pueblo de las exageraciones. Algunos dicen que exagero porque soy de ese mundo... pero no es cierto, no exagero.



Las plumas de las gallinas estaban levantadas como cuando a un humano se le ponen los pelos de punta o cuando un escobón o un erizo se acaban de levantar.

—¡Estás convertido en vampiro! —gritó sin tomar aire la gallina Graciela, la más joven de las señoras emplumadas, al ver que Maruja ya no podía hablar porque tenía trabado y retorcido el pico. Después de las palabras de Graciela, se soltó la alharaca en todo el gallinero y el gallo Morris no sabía qué hacer. Los humanos salieron de sus casas para ver qué les pasaba a los animales, pero no encontraron nada anormal y volvieron a meterse mientras en el gallinero el gallo trataba de convencer a las gallinas de que no les iba a hacer nada malo, que esos colmillos le habían crecido de la noche a la mañana y que no sabía ni para qué servían. Trató de quitárselos pero estaban bien puestos en las encías, metidos hasta la raíz.

—No te creemos, Morris. Ya no eres el mismo —dijo la gallina Graciela muy segura—. Ya sé por qué últimamente te veías muy raro. Ahora entiendo, muchacho, ahora entiendo por qué ya casi no hablabas con nosotras, ni nos coqueteabas, ni nos ayudabas a acomodar los huevos que poníamos.

—Bueno, pues... sí he estado un poco raro, pero es que en estos días no he podido dormir. En serio, yo no sabía nada de estos colmillos. Si tuviéramos espejos los hubiera visto cuando me estaban creciendo.

—¿Y qué hubieras hecho con ellos, muchacho? —preguntó Graciela.

—Bueno, pues... pues... —El Gallo Morris no sabía qué contestar. Así que mejor cerró su pico colmilludo.

Otra vez las gallinas empezaron a hablar entre ellas mientras estaban atentas, por si Morris quería atacarlas y chuparles toda la sangre. Rosita era la única que no hablaba, pues había nacido muda y solo le quedaba hablar con las señas de las gallinas sin palabras.

—Nunca les haría daño —se defendía el nuevo vampiro del gallinero—. Hemos estado juntos durante mucho tiempo, muchas de ustedes son mis mejores amigas. Tú Maruja eres casi mi hermana, tú Graciela, eres como mi hija, tú Anselma, eres mi prima, tú Roberta eres la que me cuenta las mejores historias de aves y huevos con sorpresas de arcoíris. No es justo que me dejen solo por estos colmillos.



Las gallinas se conmovieron y empezaron a acercársele, viéndolo con curiosidad, inspeccionando sus colmillos, sus ojeras, su cresta despeinada, su esquelético cuerpo.

—¡Morris! Estás muy flaco —gritó alarmada Candelaria, la abuela de todas las gallinas—. ¡Ay hijo! ¡Quién sabe qué cosa comiste que te hizo daño!

—Abuela Candelaria, no he comido nada, desde hace días me siento muy débil y me lastima la luz. No sé qué

me pasa. Tú siempre tienes el remedio para todo. Ayúdame, por favor.

La gallina Candelaria movió la cresta y la cabeza en señal de preocupación y luego, sin decir nada, se metió a su cajón del gallinero. Mientras buscaba algo, las demás señoras emplumadas seguían mirando al gallo, quien estaba con la cabeza gacha, clavada en el piso de tierra.

¿Cómo era posible que un gallo blanco de su especie se convirtiera así nomás porque sí en un vampiro esquelético? No podía ser. Debía idear un plan para volver a ser el animal de siempre, un animal al que nadie le tuviera miedo.



El remedio de Candelaria

Candelaria salió del cajón de su gallinero con un pequeño frasquito en el pico y se lo entregó al Gallo Morris.

—Tomándote este líquido a lo mejor te curas, hijo. Me lo dio hace muchos años un gallo médico que vivió en este mismo gallinero. Dijo que cura todas las enfermedades gallináceas. Aguántate la respiración y tómate todo de un solo trago, hasta el fondo. Es amargo como el zapato de un espantapájaros y como las orejas de un puerco, pero es muy efectivo. Te lo puedo asegurar. A mí me ha curado mis reumas y mi dolor de ojos, ¿por qué crees que no uso lentes y puedo darle cien vueltas diarias al gallinero sin que me duela el cuerpo?

Como no perdía nada con intentarlo, el vampiro del gallinero le hizo caso y se bebió todo el líquido de un solo trago. Sabía horrible, mucho más que un espantapájaros y poquito menos que las orejas de un puerco, pero no dijo nada para no hacer sentir mal a la abuela de las gallinas, quien le daba el remedio de buena intención.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó preocupada Candelaria al ver que hacía gestos de desagrado como cuando se chupa un limón o se mastica plástico quemado.

—Abuela... me siento igual de débil, pero es muy pronto para que haga efecto. Ya me sentiré mejor, ya verán. Mejor... — Apenas dijo esto, el Gallompiro se desmayó y cayó de sopetón al piso de tierra.

Todas las gallinas, alarmadas, lo cargaron y lo llevaron a un lugar acolchonado con plumas de muchos colores. Eran las camas de las gallinas más limpias y cuidadosas del gallinero. Era el lugar en donde hasta un rey podía dormir y roncar toda la noche.



Para hacer que el gallo despertara, la gallina Graciela tomó un trapo y, como ya no tenían agua, fue a mojarlo en el traste del perro Alfredo, quien no se llevaba bien con las gallinas. Le caían tan mal que, apenas se descuidaba una, intentaba tomarla del pescuezo para comérsela. Era un perro lanudo, dentón y grande que incluso el gallo le tenía miedo.

Afortunadamente el perro estaba amarrado junto a su casita y la correa no era muy larga. Graciela se arriesgó a ser mordida por el lanudo. Mojó el trapo con el agua del traste, y por más que el perro ladró, corrió e hizo berinches, no pudo alcanzarla. Graciela siempre quiso ser corredora profesional y no había nadie más veloz que ella en todo el lugar.

Cuando Graciela regresó con el trapo, la abuela se lo puso a Morris en la frente y minutos después el Gallompiro dio señales de vida, aunque un poco atolondrado.

—Tu remedio no sirvió, abuela, me siento peor —dijo el gallo con sus largos colmillos de fuera y su palidez de fantasma.

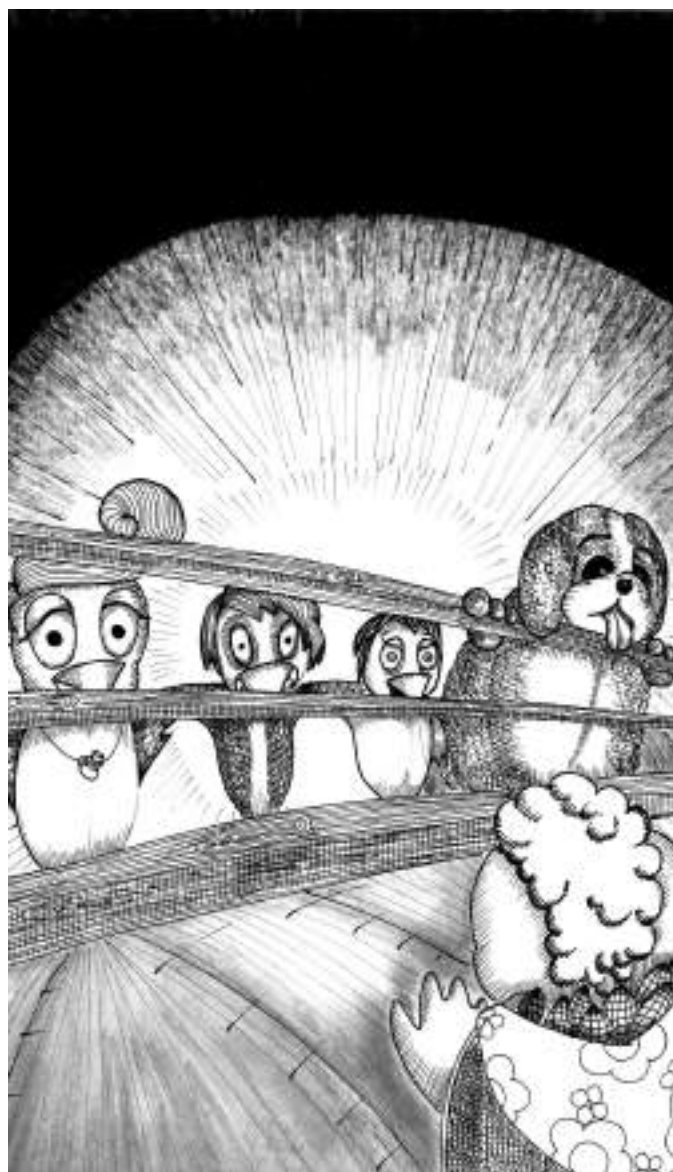
—Hay que darle tiempo a la medicina, no es milagrosa. No seas desesperado, hijo. Ya funcionará.

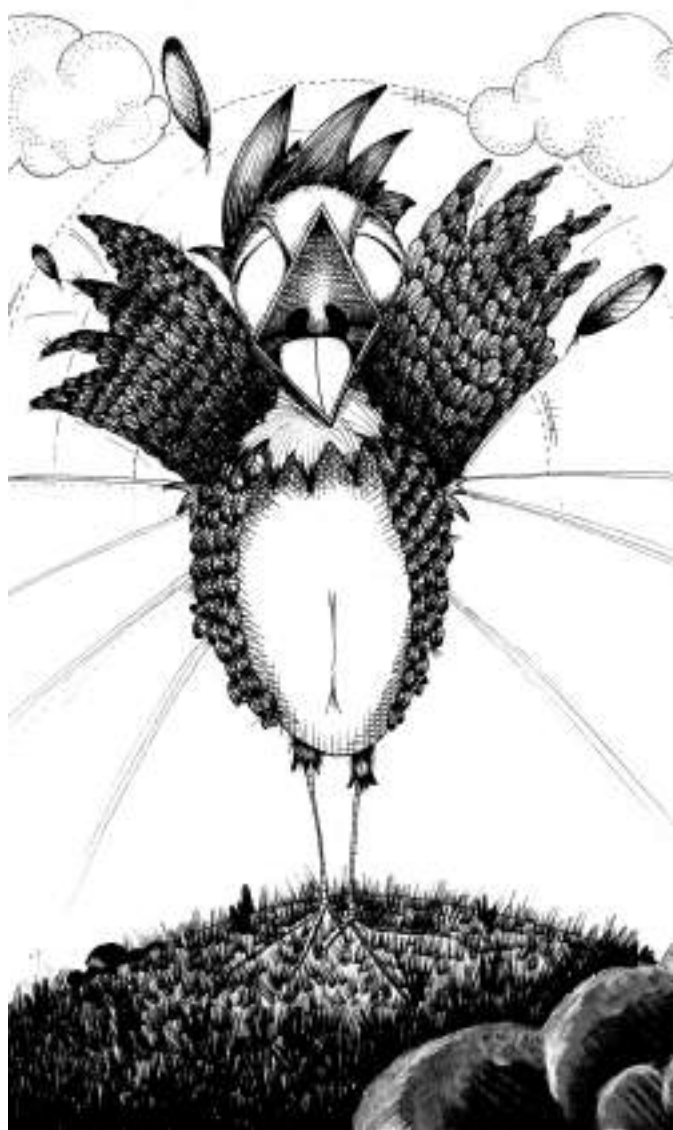
Pero por más que esperaron y por más que consintieron a Morris, éste no mejoraba y sus colmillos se hacían cada vez más gruesos y largos.

Además, le gruñían las tripas de hambre, pero no quería maíz. El Gallompiro necesitaba sangre, la pedía a gritos para poder vivir. Los vampiros no comen otra cosa. No importa si son perros, gatos, pericos y cucarachas convertidos en vampiros. A todos les gusta la sangre.



Oscureció y esa noche nadie durmió por miedo a que Morris les chupara la sangre. Mientras tanto, la abuela Candelaria estuvo buscando una forma de quitarle el hambre a su nieto favorito.







Elman Trevizo es especialista en literatura infantil y juvenil. Tiene una decena de libros publicados. Además de escribir, se dedica a impartir talleres de lectura y escritura para niños, jóvenes y adultos.

Algunos de sus libros son: *Las muchas muertes de Pancho Villa*, *Viajero de otro mundo*, *La casa misteriosa* y *La música del mundo*.

